

MONA  
ROTTER

Dana Hart

¿Odiar? Odiar es una palabra muy nauseabunda. Nunca supe cómo me dieron el empleo. Había dejado una gran cantidad de curriculum vitae en diferentes sitios, y había colgado muchos otros en páginas de internet, los típicos portales en los que se promociona el empleo.

Mi jefe es deplorable. Tiene el pelo con un corte extraño. Demasiado largo en parte donde debería estar corto. Elevado al frente y arriba, como si se hiciera brushing. Y supongo que se lo tiñe de negro, haciendo resaltar más sus ojos de azul a celeste.

No hay ocasión en la que no me parezca ridícula, su mirada, su forma de dirigirse a cualquiera que esté expectante. Pero es respetado. Altamente respetado, en diferentes círculos. Igual que los líderes de las sectas, que cuando hacen algo

increíblemente ridículo, son vistos como si lo que hicieron fuera sensacional. El aplauso fácil.

Por ahí es porque tiene esos ojos celestes, un estilo clásico europeo, o gringo, o gringo europeo. Y el peinado, tan armado, con las patillas que son un clásico de gobierno.

Empecé como secretaria, y terminé siendo, todas las funciones habidas y por haber, desde organizar el papeleo, realizar el recuento de las noticias diarias en los principales titulares, hasta vaciar el tacho.

Es bastante déspota, tiene que serlo si pretende vaciar los Ministerios, porque dice que el Estado es una cueva de personas acomodadas, viviendo como zánganos, y que hay que privatizarlo todo. Vender, vender, vender, ese es su lema.

Cita una innumerable cantidad de frases de la Biblia, diría que muchas más que los propios

evangélicos o testigos de Jehová, que mezcla con cifras, números y una pila de datos memorizados de la economía. Pero qué se yo. La gente lo respeta. Fue muy votado, recientemente. Y en unos meses ya, va a ser el Presidente de esta isla.

Acá en la oficina no se puede dormir. Cualquier tiempo de más en el baño, es señal de vagancia y ostracismo. Antes solía fumar, cuando estaba el otro jefe. Bajo la jurisdicción de éste, no se puede pegar ni un ojo. Todos mis paseos al almacén a comprar té, agua u otros entremeses, se terminaron. Y no es que fuera de divagar, pero no tiene nada de gracioso haber matado a los tiempos muertos –por lo menos dos veces-.

A menudo pienso en renunciar. Diría que a diario. Pero después me pregunto dónde podría encontrar un trabajo así y me detengo, de esta categoría. No cualquiera tiene que venir a estos

barrios. La mayoría se queda fuera de las oficinas. No hay espejos en las ventanas del otro lado del mundo. No es que me queje. Dicen que el trabajo dignifica. Solo que a puertas cerradas me parece algo ridículo. Estrafalario. Extravagante. Como un pavo con doble raciones de plumas. Me dice: “Nona, un café”. “Nona...” y me pide un detalle insólito. Cosas tan específicas que no se pueden decir. Pequeños innombrables de la vida cotidiana.

Lo he visto un poco paranoico, mirando por las ventanas. Siente que está en una película, en la que él es el único protagonista y todo el resto somos extras. También mira mucho su propio reflejo, y el impacto de sus ojos celeste azules en el vidrio espejado de la ventana.

Tiene la Biblia en el escritorio, una versión extraña que quisiera no tener que leer. Y unas cuantas

particularidades raras que no voy a mencionar, por discreción, pero que tienen que ver con muchos perros y una hermana. De esas cosas no se habla. Es un tema de respeto. Más vale hablar de lo otro... Mi jefe planea que el aborto no sea legal, de nuevo, y otra vez.

Se va con gente curiosa a almorzar. Cruza la avenida y se sienta en el restaurante que está justo al frente, puedo verlo a través de los vidrios espejados. Habla y come sin parar. Dice que es un Rolling Stone, pero yo lo veo más viejo que a Mick Jagger. Lo cual es bastante decir.

Antes me compraba unas masitas dulces, de esas que tienen mermelada de frutilla o frambuesa o algo rojo y ácido en el centro y alrededor vainilla, y me las comía tranquilamente, antes del cigarro. Atendía el teléfono, y ponía buena cara, buena voz, me entendía con quien sea que llamara.

Ahora miro directo al frente, como si hubiera cámaras. Igual que si estuviera siendo enfocada por un zoom. Me pongo tensa, pálida. No se qué decir cuando me da una orden directa, seguida del “Nona...”, y obedezco. Digo, “si, jefe”. Pero antes yo, tenía esas galletitas con una bolita de mermelada en el medio y sentía un placer al comerlas, las mojaba en el café. Era un descanso realmente necesario entre trámite y trámite, entre llamada y llamada, entre tacho y tacho para vaciar.

Me pregunto si podré robarme algo de tiempo en el ascensor. Yendo y viniendo. Subiendo y bajando. Un rato más, en el que paró demasiadas veces, en demasiados pisos, bajando y subiendo a la gente, oyendo ese sonido “ding, dong”, que indica que la puerta se cierra y se abre. Robarle unos minutos ahí, a mi jefe, sin que sepa, sin que me vea. Pensando que estoy, atascada en el

tráfico, en la fila larga de un Banco. Pero qué poca cosa. Qué poco todo.

El dólar. El dólar. El dólar. Esa parecería ser la única explicación y la única causa. La pobreza. El desempleo en la isla. De todo eso se habla en la oficina. A veces no me simpatiza para nada, exacerbadamente. En especial cuando son más de las cinco de la tarde, y me envía por uno de sus pedidos especiales. Extravagantes. Estrambóticos. Exóticos. El problema es que me canso de complacer. Quisiera que se enoje. Que se enoje todo el mundo. Hacerlo enojar, a propósito. Insultarlo. Usar las peores calamidades. Pero guardo la compostura, como el 99 por ciento. Cierro la boca y disimulo.

Hay una peligrosa máquina que ya puede leer los pensamientos. No quisiera que él pudiera saber lo que pienso y lo que digo, cuando estoy callada,

cuando parezco en silencio. Espero que no se compre una de esas máquinas. Y que no la use después de las cinco de la tarde, cuando vuelvo fuera de hora, con las manos llenas de lo despótico. “Aquí tiene jefe, su despotismo”. “Gracias Nona, hasta mañana”.

## **Viernes 18 de Agosto, 2023.**

Estoy harta de estar cuidando lo que digo. Quiero ser explosiva.

La oficina tiene un piso negro y blanco, como si fuera un tablero de ajedrez. Por alguna razón la baldosa posee cientos de marcas, que antes me podía concentrar a ver, pero ahora, ya no tengo el tiempo ni para eso. Todo tiempo muerto aquí, ha muerto de verdad. Desfallece.

"Nona, esto", "Nona, aquello", "Nona, esto otro".  
Harta. Pero disimulo bastante bien. Sonrío y me muerdo los labios para no gritar. No me estoy quejando. No es infelicidad. Es la mirada fría y las ideas tiesas. Nada más.

Estoy sola en la oficina. Tengo un minuto para mirarme en el vidrio espejado, y reconocer mi propia apariencia. ¿Sigo allí? Veo la falda color

mostaza que estoy usando hasta arriba de la rodilla, las pantys transparentes que en el reflejo, no dejan ver ninguna de las imperfecciones que tienen mis piernas. El sol entra con fuerza por la ventana, como queriendo incendiarlo todo. Él si que sabe irrumpir. Él si que sabe estallar. Mi camisa blanca, abotonada hasta arriba, y el rostro. Ese rostro que me acompaña desde que nací, aunque no quiera. Sin siluetas bonitas. Sin caras que abren puertas. Mi rostro que se pierde en la multitud. El cabello negro, lacio, tan planchado como me permitió la mañana. Lleno del friz de la tintura y los daños. Me corté dos mechones para dármelas de flequillo y uso dos o tres kilos de base maquillante para no verme tan ruda. Labial rojo. Cejas arqueadas. Las manchas de la vida justo allí, en el espejo vidriado. Y mis ojos, mis ojos que no dejan de verme y preguntarme: “¿Qué estás haciendo?”

En cualquier momento llega el jefe. Entra por esa puerta como si fuera un caballo. Mete la llave en la cerradura tan rápido, que no alcanzo a hacer ningún movimiento, antes de que ya esté adentro. Lo hace a propósito. Entrar muy veloz, para ver si estoy fumando, o si por el contrario, estoy arrodillada leyendo la Biblia, mientras hago los doscientos sesenta papeles que me ordenó.

Suele mirarme la falda color mostaza, pero no con deseo, su mirada tiene el aspecto más del asco y la desaprobación. Supongo que es por todo aquello de su hermana, de lo que no se habla. Pese a que mi contrato no estipula, en ningún momento, el silencio absoluto. O eso creo. La verdad es que no lo leí completo. Tal vez le vendí el alma a este diablo, y yo sin darme cuenta de que no solo no voy a volver a tener tiempos

muertos, sino que tampoco voy a poder morir en paz, sin dejar de trabajar hasta en el infierno.

Me gustaría comerme un pedazo de queso, unas galletitas, pero es muy temprano. Además, ¿cómo salgo? Antes podía responder al impulso de bajar hasta el negocio, incluso darme una vuelta un poco larga, pero ahora, nada. Ahora, hambre. No es que mi jefe anterior fuera un burócrata, era más bien un ladrón y yo me administraba mi propio tiempo. Cumplía, con absolutamente todas las labores y mucho más.

Una vez, se inundó la oficina, y cuando me quise dar cuenta, me vi a mi misma, de rodillas en el suelo, sacando baldes de agua entre los dedos. Ese día quedé como la más leal de las criaturas. Me administraba. Hacía todo lo necesario y más, pero también me auto daba mi derecho a comerme unas galletitas, a fumarme un cigarro. Y

ahora nada. No me estoy quejado. Mal no le vino a mi figura. Ahora parezco una de esas modelos de los `90, a los que las obligaban a ser raquílicas, desnutridas, con huesos visiblemente insanos. Es por la filosofía. Todo sobre el esfuerzo. Y esforzarse más y más. Tanto que una llega sin carne, sin grasa, sin sangre en el cerebro. Pero no me estoy quejando, quejarse es para los débiles. Aquí se resiste. A veces.

Ahí llegó. Igual debo admitir, que él entrará todo lo rápido que quiera, pero yo igual lo escucho venir, por lo menos dos o tres pasos antes de que meta la llave en la cerradura. ¿Quién está más adelante? No lo sé. Pero pongo la columna recta y tipeo en el computador como si fuera que lo estoy escribiendo no es esto, sino otra cosa, un documento importante. Muy importante, sobre los reyes de no se qué pueblo. Algo sobre los

Ministerios que quiere abolir o sobre La Renga y su último concierto. Por cierto, no lo he visto nunca. Ni la década pasada, ni en esta. Nunca. Tal vez era un rollinga de otra comunidad, de otro planeta. Aquí en la Isla, nunca. Y eso que llegan, llegan toneladas de artistas a ejercer su oficio a la luz de la luna. Vicentico viene a menudo. Le gusta cómo mengua por aquí.

Pasó rápido para su escritorio y no me dirigió la palabra. Hay un olor extraño tras las bambalinas que lo separan del resto de la oficina. Algo debe haber pasado. Tal vez algún problema en la calle. Porque la gente lo quiere, pero no toda. Hay quienes le tiran pedazos de torta por el camino. No sé por qué la torta. No me enteré si hubo algún tema con eso, salió en un video, o alguien dijo algo. Tal vez alguien escribió una historia sobre lanzarle pedazos de torta por la calle, no sé,

tampoco sé si es una metáfora. Pero ahí está, a él que se cree Goliat, a veces llega con la camisa manchada. Ahora lo vi pasar sin glaseado. No lo sé. Le quedaría mucho mejor una camisa de fuerza. ¿Odiar? Odiar es una palabra nauseabunda. Repudiar, me sonaría más fuerte.

## **Sábado 19 de Agosto, 2023.**

Me toca venir a la oficina. Sí, un sábado. Por todo aquello de que el esfuerzo individual suma y suma, hasta que se logra construir una pirámide. Todavía no logro pirámides, pero eso dicen del esfuerzo individual. Sumar y sumar.

Tengo dos horas de viaje, desde mi casa hasta el trabajo. Es una isla grande. Hay que hacer por lo menos dos combinaciones y caminar unas cuantas cuadras. Incluye barro en el invierno, por las calles de tierra en las que queda mi casa. No me estoy haciendo la víctima. Solo, son calles de tierra. Un problema para mis zapatos de oficina, con tacones, que se me quedan clavados.

Escucho audiolibros, cuestión que está muy de moda. Lo aprendí de un personaje de una de las novelas que leí. Ahora estoy con un libro de Alice Munro. Son cuentos, y al principio una entrevista

a ella, contando las inseguridades y dificultades que tuvo a la hora de escribir sus cuentos, antes de ser Premio Nobel.

Suelo marearme mucho, razón por la cual me siento en el último asiento del tren, mirando siempre hacia el frente, comiendo una menta. O mejor dicho, colocando la mente bajo mi paladar, para que me evite vomitar. Se me ocurren tantas ideas en ese estado, que acostumbro viajar con un lápiz y un papel, para poder ir escribiéndolas.

Hoy venía junto a mí, un hombre que simulaba conducir el tren, y hacía los movimientos del chofer, mientras yo escribía en mi papel, así que supongo que la escena aquella habrá parecido una locura.

Me preguntó mi nombre, pero no se lo dije. No le di la clásica explicación que le doy a todo el mundo: “Me dicen Nona, desde chiquitita, porque

parecía una vieja. Siempre al mando. Siempre organizada”. Quería ser grandes cosas. Soñaba con ser yo la Presidenta y organizar Ministerios.

Al llegar a la oficina lo primero que hago es entrar al baño. Unos segunditos, más tiempo no tengo. El piso tiene una baldosa con una especie de flor roja y negra, alternadas, antes me gustaba quedarme hipnotizada mirándolas durante un rato, notando las imperfecciones y las lastimaduras del tiempo. Me sentía identificada con esas lastimaduras. Quería enmarcarlas como arte, igual que a las mías.

Pero ahora, ya no tengo tiempo de divagar entre baldosas. No es que gane más dinero. Es que tengo muerto, el tiempo muerto y no voy a ser la Presidenta de nada. O eso parece.

Limpio el wáter aunque nadie me lo haya pedido. Lo hago desde que llegué a trabajar a la oficina.

Es una obsesión secreta. Sino lo hiciera estaría siempre cochino. Esa es la mejor prueba de que nunca fui una persona vaga, ni ayer ni hoy. Siempre con el trapo encerado entre los dedos. Pero nadie sabe esas nimiedades. No se fijan. Nadie que vaya a ser Presidente de ninguna República, va a estar preocupado por el estado del baño. ¿O si? Siempre hay alguien más para hacerle esas cosas. Esas baratijas de la vida cotidiana. Esas cucarachas del diario vivir.

Claro que alguien se tiene que hacer cargo. ¿Quién? La gente como yo, envuelta en cicatrices. De manos poco suaves. De cutis poco luminoso. No me parezco a nadie que conozca. Es una sensación un tanto aislante. Poco glamorosa. Como los grumos de la leche, o los bichitos indeseados de una ensalada.

Termina mi horario y camino hasta un bar. No es que me guste, ni el clima, ni el ambiente, mucho menos que sea de mi estilo. Pero me obligo a ir. Todos los fines de semana, sagradamente. Intento sentarme en sillas diferentes, y siempre aparece alguien más, amante del Happy Hour, para acompañarme a charlar.

Hoy está Joel Zúñiga, otro oficinista de la torre de al lado. Tiene el pelo rubio, color dorado, con un peinado perfectamente delimitado en punta. Su nariz, su pera, todo termina puntiagudo y hacia el frente. Es un tipo simpático. A veces pide tragos y me los convida amistosamente, como pretendiendo simular que no quiere nada, nada más. Pero siempre hay algo. Una doble intención. Está con la camisa desabotonada, y le asoman unos cuantos pelos rubios dorados, que no son tan lacios como arriba, parecen terminar

enrulados. Me perturban, por combinarse brillantemente con su transpiración.

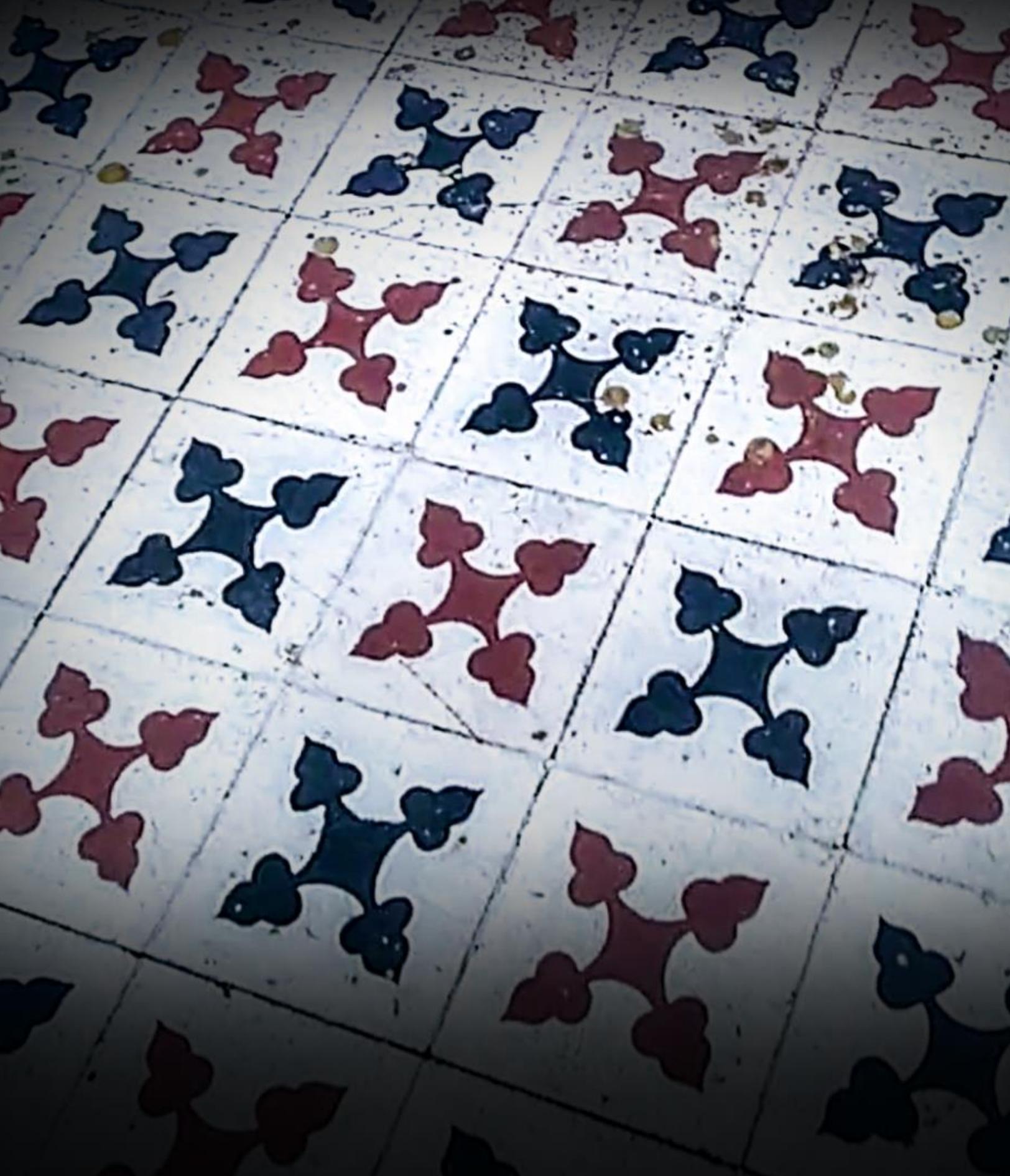
Por alguna razón me está comenzando a irritar. Escupe cuando habla y tiene en la mano un trago anaranjado, casi rojo, que parece del todo sospechoso. Qué desagradable el olor que asoma desde su zona de desarrollo próximo distal. No sé cuánto tiempo más voy a estar acá, pero todavía me queda la mitad del trago. La misma cuestión naranja y roja que él pidió por partida doble. Dos por uno el trago, dos por una la gente, dos por uno la conversación.

Cuando me fui a mi casa no pegué un ojo. Después de las dos horas de viajar, el trago llegaba mucho más allá de la garganta. Había una gota gruesa, del estilo cascada, cayendo sobre el techo del techo de otra cosa. ¿Será que estoy más

irritable de lo usual? Ha de ser por la muerte de mis tiempos muertos. Y las ganas de que vuelvan.

Me saqué la falda mostaza tan rápido como pude. Creo que no la voy a volver a usar. Podría ser presa del coleccionista de condimentos. Los tacos de oficina se llenaron del barro de las últimas cuerdas. Cuestión de barrios. “Cuando yo sea Presidenta...”, digo a veces en mi cabeza. Pero eso no va a pasar. Los Presidentes son ellos, los otros. Con sus miradas frías y dedos apuntadores. Con sus tenedores, sobre las sardinas.

Mañana es Domingo y viene a verme mi madre, esa señora que además de darme la vida, la sostuvo sobre sus brazos por un buen tiempo. Pero por alguna razón, termina siempre por hacerme llorar. No viene muy a menudo, ella vive en su propia isla.



[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)